

# Claroscuro Nº 23 (Vol. 1) - 2024

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: [claroscuro.cedcu@gmail.com](mailto:claroscuro.cedcu@gmail.com)

---

Título: La historiografía santafesina y sus referencias a la presencia afrodescendiente en la ciudad de Santa Fe. El caso de la parda Claudia Chapaco.

Title: Santa Fe historiography and its references to the Afro-descendant presence in the city of Santa Fe. The case of the brown Claudia Chapaco.

Autor(es): José Miguel Larker.

Fuente: Claroscuro, Año 23, Nº 23 (Vol. 1) - Julio 2024, pp.1-30.

DOI: <https://doi.org/10.35305/cl.vi22.144>

Publicado en: <https://claroscuro.unr.edu.ar/>

---



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.



Universidad  
Nacional  
de Rosario

# La historiografía santafesina y sus referencias a la presencia afrodescendiente en la ciudad de Santa Fe. El caso de la parda Claudia Chapaco.

*José Miguel Larker\**

## Resumen

Al realizar un relevamiento de la producción historiográfica dedicada al estudio de la presencia y el accionar de africanos y afrodescendientes en la ciudad de Santa Fe nos encontramos con un muy escaso número de trabajos que refieran a la cuestión. Solo en estas últimas décadas se observa un mayor interés por esos grupos que, sin dudas, a lo largo de la historia de la localidad han sido parte constitutiva de la sociedad que la ha habitado y lo continúa haciendo. No obstante, a lo largo del siglo XX dos personas descendientes de africanos han sido objeto de referencias en periódicos, suplementos de periódicos y libros. Uno de ellos es Demetrio Acosta, el “Negro Arigós”, referente de la comparsa “Los negros Santafesinos” y que durante toda la primera mitad de aquel siglo estuvo presente en los corsos. La otra es Claudia Chapaco, una mujer que vivía al sur de la ciudad durante el siglo XIX y se dedicaba a vender Chipá. Ambos han sido exponentes de la descendencia de africanos en la ciudad de Santa Fe y aproximarnos al conocimiento de sus vidas y sus relaciones con otros sujetos y grupos nos permitirá conocer algunos aspectos importantes de la sociedad santafesina.

---

\*Universidad Nacional del Litoral, Argentina.

E-mail: joselarker@yahoo.com.ar.

Recibido: 15/08/2023, Aceptado: 13/11/2023

Atento a lo expresado, en este trabajo nos hemos propuesto como objetivo realizar un relevamiento de las publicaciones que refieren a Claudia Chapaco, la “chipacera”, a los efectos de considerar detenidamente qué se ha producido, quiénes lo han realizado y cuáles son los aportes con los que han contribuido a su conocimiento y al de quienes se vincularon con ella. Para ello se ha recurrido a los textos que sobre esos temas hemos podido identificar en diferentes repositorios bibliográficos, tales como la Biblioteca Pedagógica y Popular “Domingo F. Sarmiento”, la Biblioteca “Agustín Zapata Gollan” del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay y la Biblioteca del Museo Histórico Provincial de Santa Fe “Brig. Gral. Estanislao López”, entre otros.

**Palabras clave:** Afrodescendientes; Ciudad de Santa Fe; Producción historiográfica; Historiadores santafesinos

**Santa Fe historiography and its references to the Afro-descendant presence in the city of Santa Fe. The case of the brown Claudia Chapaco.**

#### Abstract

When carrying out a survey of the historiographic production dedicated to the study of the presence and actions of Africans and Afro-descendants in the city of Santa Fe, we found a very small number of works that refer to the issue. Only in recent decades has there been greater interest in those groups that, without a doubt, throughout the history of the town have been a constitutive part of the society that has inhabited it and continues to do so. However, throughout the 20th century two people of African descent have been the subject of references in newspapers, newspaper supplements and books. One of them is Demetrio Acosta, the “Negro Arigós”, a member of the troupe “Los Negros Santafesinos” and who was present in the Corsicans throughout the first half of that century. The other is Claudia Chapaco, a woman who lived south of the city during the 19th century and dedicated herself to selling Chipá. Both have been exponents of African descent in the city of Santa Fe and getting closer to knowing their lives and their relationships with other subjects and groups will allow us to know some important aspects of Santa Fe society.

Attentive to what has been expressed, in this work, we have set ourselves the objective of conducting a survey of the publications that refer to Claudia Chapaco, the “chipacera”, in order to carefully consider what has occurred, who has carried it out and what are the contributions with those who have contributed to its knowledge and that of those who were linked to it. To do this, we have resorted to the texts that we have been able to identify on these topics in different bibliographic repositories, such as the “Domingo F. Sarmiento” Pedagogical and Popular Library, the “Agustín Zapata Gollan” Library of the Juan de Garay Ethnographic and Colonial Museum and the Library of the Provincial Historical Museum of Santa Fe “Brig. Gral. Estanislao López”, among others.

**Key-words:** Afro-descendants; City of Santa Fe; Historiographic production; Santa Fe historians

## 1 Introducción

Al realizar un relevamiento de la producción historiográfica dedicada al estudio de la presencia y el accionar de africanos y afrodescendientes en Santa Fe nos encontramos con un muy escaso número de trabajos que refieran a la cuestión. Solo en estas últimas dos décadas se observa un mayor interés por esos grupos que, sin dudas, a lo largo de la historia de la región han sido parte constitutiva de la sociedad, en este caso, la santafesina. No obstante, a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI algunas personas descendientes de africanos han sido objeto de referencias en periódicos, libros y otros tipos de publicaciones. Uno de ellos es Demetrio Acosta, el “Negro Arigós”, referente de la comparsa “Los negros Santafesinos” y que durante toda la primera mitad del siglo XX estuvo presente en los corsos; otra es Claudia Chapaco, una mujer que vivía al sur de la ciudad durante el siglo XIX y se dedicaba a vender Chipá. No podemos dejar de mencionar también a algunos de los integrantes de la Casa de la Cultura Indo-Afro-Americana, como Mario Luis López y Lucía Molina, también con una presencia significativa en el espacio público durante los últimos 30 años, a partir de la militancia que han realizado por la reivindicación de la participación de los africanos y afrodescendientes en la historia, la demanda del reconocimiento de derechos y la denuncia del racismo y la discriminación.

Atento a lo expresado, en este trabajo, nos hemos propuesto como objetivo llevar adelante un relevamiento de las publicaciones que desde la historiografía local se han realizado sobre una de las personas que testimonia la presencia de los afrodescendientes en la ciudad de Santa Fe, nos referimos a aquellos en los que aparecen referencias a Claudia Chapaco y al “ombú de la Chipacera”<sup>1</sup>, a los efectos de considerar detenidamente qué se ha producido al respecto, quiénes lo han realizado y cuáles son los aportes con los que han contribuido a su conocimiento y al del conjunto más amplio del que formó parte. La investigación nos ha permitido identificar referencias a esta mujer santafesina, así como las relaciones que desarrolló con otros sujetos y grupos, en los trabajos de cuatro cronistas e historiadores cuyas publicaciones fueron apareciendo a lo largo de casi setenta años. Nos referimos a Félix Barreto, José Pérez Martín, José Rafael López Rosas y Catalina Pistone, todos pertenecientes a la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe.

Para dar respuestas a nuestros interrogantes hemos recurrido a los registros que sobre el tema pudimos identificar en diferentes repositorios bibliográficos, tales como la Biblioteca Pedagógica y Popular “Domingo F. Sarmiento”, la Biblioteca “Agustín Zapata Gollan” del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay y la Biblioteca del Museo Histórico Provincial de Santa Fe “Brig. Gral. Estanislao López”, entre otros. También consultamos la hemeroteca digital “Fray Francisco de Paula Castañeda” para acceder a diversos periódicos publicados durante el siglo XX. Cabe hacer aquí un sincero agradecimiento a María Lucila Viola de la Biblioteca Pedagógica y a Analía Molinari, quien desempeña tareas en el Museo Histórico Provincial, por la predisposición y amabilidad para atender a mis pedidos. Sin su colaboración no podría haber avanzado en este trabajo.

## 2 Claudia Chapaco aparece en un relato de Félix Barreto

Siguiendo un orden cronológico de las referencias a Claudia Chapaco, la primera que hemos logrado hallar, la encontramos en una nota del diario *El Orden*, a mediados de 1930. La publicación aparece en la página dos y lleva por título “Con el Pié en el Estribo, Comía El General López Antes de Una Batalla a la Sombra del Ombú. Un capítulo de historia que tiene un

---

<sup>1</sup>“Chipacera” era el apodo o sobrenombre con el que se hacía referencia a Claudia Chapaco. Ello se debe a que esta mujer se dedicaba a la elaboración de chipá, unos bollos horneados, hechos con masa de harina de mandioca y queso.

monumento natural allá por donde la calle 9 de julio “se tira de cabeza al río” (*El Orden*, miércoles 11 de junio de 1930: 2). Como se observa, el actor protagónico de la comunicación no es la persona que nos interesa en este trabajo, sino Estanislao López<sup>2</sup>, pero los aspectos de la vida personal que se pretenden destacar de éste, así como los acontecimientos a los que se hace referencia, conllevan necesariamente a vincularlo con Claudia Chapaco.

En la nota, el periodista narra la visita que hicieron al lugar (“allá por donde la calle 9 de julio “se tira de cabeza al río”) junto a Félix Barreto, quien en ese momento se desempeñaba como director del Archivo Histórico de la Provincia. El relato comienza con una descripción del lugar donde transcurren los hechos que se proponen evocar. Se comenta que están “en el mismo sur de la ciudad. Allá donde el riacho Santa Fe pone límites al Municipio. Las casonas antiguas y los ranchos centenarios dan a esa olvidada parte de la ciudad un aspecto que evoca quién sabe qué recuerdos. El Santa Fe antiguo”, un espacio que durante “la primera mitad del Siglo pasado fuera inusitadamente frecuentado por el Brigadier General Estanislao López, nuestro héroe provincial”, nos dice el periodista. Para éste se trata de “una nota sobre un tema de la historia regional y traslado del pensamiento a otras épocas”. Para ello, se detienen frente un huerto abandonado, en donde se destacan “tres imponentes ombúes”<sup>3</sup>. A partir de allí el periodista privilegia la palabra de Barreto, quien, según la letra del diario, comenta que

“Estábamos en la que fue la huerta de doña Paula Chapaco, conocida en su tiempo por “La Chipacera”. Doña Paula se dedicaba a hacer “chipá”, una torta exquisita de procedencia guaraní, compuesta de harina de mandioca y queso rallado [...]. De ahí el sobrenombre. El chipá se come mucho en el Paraguay, en Corrientes y en la región nortea de Entre Ríos [...]. Les aseguro que

---

<sup>2</sup>Estanislao López fue gobernador de la provincia de Santa Fe entre 1818 y 1838. Asumió todas las características del caudillismo de la época y fue defensor del federalismo.

<sup>3</sup>La nota va acompañada de dos fotografías. En una de ellas se observan los ombúes añejos en el contexto de un terreno abandonado; en la otra, un rancho de paja con techo a dos aguas (*El Orden*, miércoles 11 de junio de 1930: 2).

es un plato de sabor muy agradable y sobre todo muy sano. Yo lo comí por primera vez en Asunción hace mucho tiempo<sup>4</sup>” (*El Orden*, miércoles 11 de junio de 1930:2).

En la continuidad del relato de Barreto que el periodista transcribe se señala que “López era muy afecto” a comer chipá y

“difícilmente pasaba un día sin que llegara hasta aquí para saborearlo. La Chipacera, lo aderezaba bien y el general era, conjuntamente con sus ministros y personas de confianza, cliente infalible. Comiendo chipá y tomando mate se pasaba las tardes íntegras al pie de este mismo ombú y en este preciso lugar” (*El Orden*, miércoles 11 de junio de 1930: 2).

La transcripción nos parece necesaria, no solo por lo que dice respecto del vínculo que se construye entre Chapaco y López como producto de su gusto por el chipá, sino porque la misma narración, palabras más, palabras menos, será recuperada por los historiadores que en los años posteriores se dedicaron a “divulgar nuestra historia y nuestras costumbres”, tal como lo expresara José Pérez Martín (1965: 7). Pero, además, y en el mismo grado de importancia, porque lo que se comenta es producto de los diálogos que Barreto mantuvo con “la misma doña Paula Chapaco, en el año 1903, en que ya muy anciana, la visitaba con frecuencia en compañía de aquella figura personalísima que era el Padre Viñas”. Según Barreto, Chapaco se

“caracterizaba por una memoria fidelísima que no la había abandonado pese a su extremada edad. A ella le debe muchos datos sobre la vida del General López, que luego pudo ir contactando a medida que desencajaba del polvo del archivo amarillentos folios” (*El Orden*, miércoles 11 de junio de 1930: 2).

La nota, si bien tiene por objeto realzar la figura de López como militar (cuestión que aquí no interesa), y dar a conocer algunas de las particulares de su vida relacionándolas con sus visitas al rancho de la chipacera, nos permite obtener datos y descripciones de ésta última, las actividades que desarrollaba y las condiciones en que vivía, elementos importantes que,

---

<sup>4</sup>Nótese que se menciona como “Paula” quien luego sería llamada “Claudia” por quienes retomarán su participación en el contexto de la sociedad decimonónica santafesina.

como ya hemos señalado, fueron recuperados por otros historiadores. Cabe mencionar también que, de los relatos no se desprende ninguna referencia a la condición etnosocial de Chapaco. Sin embargo, está clara su vinculación con un rasgo de la cultura guaraní como es el hecho de cocinar chipá, lo que permitiría hipotetizar sobre una posible descendencia aborígen, pero no mucho más que eso, pues no se aportan otros elementos que nos permitan sostenerlo o rechazarlo. Lo que sí es posible afirmar es la condición de pobreza en la que vivía Chapaco y el sitio marginal de la ciudad en el que se ubicaba su rancho de paja, en el extremo sur de la misma y muy próximo al río.

Es destacar, por otro lado, que las representaciones, los datos y demás elementos que aparecen en la nota que estamos considerando se legitiman en función de quien las brinda, en este caso de Félix Barreto, quien dice haber visitado “con frecuencia” y mantenido diálogos con Chapaco. Pero, además, se trata del director del Archivo Histórico de la Provincia y un miembro destacado del periodismo local. En efecto, a inicios de 1944 el diario *El Litoral* publicó una nota en la que destacaba que Félix Barreto cumplía “sus bodas de oro con el periodismo y las letras” y en el que se lo describía como “estudioso, amante de la historia y de escribir con preferencia de las cosas del país y de nuestra ciudad”. Su larga trayectoria en el periodismo y las letras es recordada desde los tiempos en que Barreto se inició

“muchacho aún en “Unión Provincial”, diario que dirigía el maestro D. Domingo Silva en el que pronto escaló posiciones. Andando en el tiempo ocupó la jefatura de redacción y posteriormente la dirección. Fue también jefe de redacción, durante varios años, de “La Palabra”, y funciones similares ejerció en “El Heraldó” del mismo Silva y “El Constitucional”. Paralela a su labor de periodista desarrolló su vocación literaria, dando al molde “Memorias de un presidiario”, obra que apareció en 1895; “Patriotas santafesinos”, bosquejos biográficos que posteriormente sirvieron como textos de historia e instrucción cívica en las escuelas de la provincia; “Orígenes de Rosario”, estudio sobre la gran ciudad del sur, sus orígenes, desarrollo, futuro; “Papeles de Rosas” y otras obras. Colaboró en las principales revistas y diarios del país, entre ellos “La Prensa””(*El Litoral*, viernes 14 de enero de 1944: 3).

Los trabajos de Barreto se prolongaron durante toda la primera mitad del siglo XX, o casi toda. En 1948 el periodista e historiador fallece y nuevamente, *El Litoral* le dedica una nota en la que, además de destacar su paso por la prensa, señalaba que

“con Don Clementino Paredes, fundó, prácticamente, el Archivo Histórico y la Biblioteca de la Provincia. Director del archivo durante muchos años, fue también fundador de la Junta de Estudios Históricos cuya revista dirigió hasta sus últimos momentos. Participó en numerosos congresos en carácter histórico y asambleas; perteneció al núcleo fundador del radicalismo en la provincia y colaboró con las autoridades educacionales confeccionando una galería de próceres santafesinos que mucho ha servido para conocer el pasado regional y el valor de sus prohombres” (*El Litoral*, martes 26 de octubre de 1948: 4).

Barreto formó parte de un tiempo y de un grupo que se encargó de la escritura y la reescritura del pasado, en un marco caracterizado por las tendencias de carácter nacionalista y de exaltación de lo local. Como lo expresa Teresa Suarez (2010: 161), “al igual que la Historiografía centrada en Buenos Aires para el orden nacional, la provinciana se interesó en la fundación de un pasado y en la construcción de una identidad provincial a partir del mencionado sentido local y con rasgos literarios tanto como con los de investigación científica”. Fue ese el contexto en el que Barreto llevó a cabo gran parte de sus trabajos y, en el transcurso de 1935 participó de la creación de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe.

Como venimos diciendo, el grupo que constituyó la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe<sup>5</sup> compartió los rasgos culturales de la época, pero también la mayoría de quienes la integraron transitaron el mismo proceso de formación, siendo alumnos en el Colegio de la Inmaculada de la Compañía de Jesús y luego estudiantes de derecho en la Universidad

---

<sup>5</sup>En 1938, la Junta estaba compuesta de la siguiente manera: Manuel M. Cervera (presidente), el arzobispo Nicolás Fasolino (vicepresidente), Clementino S. Paredes y Luis A. Candiotti (secretarios), Raúl A. Ruiz y Ruiz (tesorero), Armando G. Antille, Félix G. Barreto, José Carmelo Busaniche, Raúl Carabajal, Salvador Dana Montaña, Alfonso Durán, José María Funes, Alfonso Reyna, José María Rosa h. (vocales). Contaba además con dos miembros honorarios: Joaquín Argonz y Manuel María de Iriondo, el gobernador de la provincia de Santa Fe.

de Santa Fe (institución que a fines de la segunda década del siglo XX se transformó en Universidad Nacional del Litoral). Concluidos los estudios, estos hombres se encontraron trabajando en la administración pública, en la enseñanza superior o del nivel medio, en la actividad política y en diversas instituciones científico/culturales. Los vínculos personales jugaron un papel sumamente importante, permitiendo a los miembros del grupo hacerse de oportunidades y recursos en un ámbito capitalino de reducidas dimensiones, en el que todos se conocían y se vinculaban a través de los matrimonios, los negocios y la participación en ámbitos e instituciones comunes tales como los políticos, los religiosos o los socioculturales (Coudannes Aguirre 2005).

Adoptando con mayor o menor rigurosidad los principios teórico metodológicos de la Nueva Escuela Histórica, los hombres (y mucho más tarde las mujeres) que integraron la institución tendieron a hacer de la disciplina una práctica profesional. Siguiendo a Devoto, Coudannes nos dice que “estos historiadores pretendían difundir una imagen del pasado nacional que se impusiera en los ambientes académicos” (2005: 4), pero que también tuviera influencia sobre el conjunto de la sociedad. A varios de ellos se les adjudicó la función de *publicistas*, entendiendo por ello la dedicación a escribir sobre el “derecho público o el muy versado en esta ciencia”, o como aquel que “escribe para el público, generalmente de varias materias”. Cabe decir aquí que Guillermo Furlong<sup>6</sup> denominó como publicista a José Pérez Martín, entre otros varios ex-alumnos del Colegio de la Inmaculada (Coudannes Aguirre 2005: 4 y 5). Por nuestra parte, consideramos que José Rafael López Rosas también puede ser definido de la misma manera.

Tanto el Archivo Histórico como la Junta de Estudios Históricos fueron, desde sus tiempos iniciales, organismos de consulta de los poderes de gobierno de la provincia, colaborando y aportando información para la preparación de discursos políticos y las conmemoraciones públicas<sup>7</sup>. Por lo mismo, y en un contexto de fuerte acción estatal para lograr cohesión social y fortalecer la identidad provincial en el marco de la nacional, particularmente entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado, ambas instituciones participaron de la definición de los símbolos y las efemérides provinciales y

---

<sup>6</sup>Guillermo Furlong fue un sacerdote jesuita que escribió varias obras de historia. Entre ellas se destaca una historia del Colegio Inmaculada en la que, entre otras cuestiones, considera el accionar posterior de los alumnos que estudiaron en esa casa de estudios (Furlong 1963).

<sup>7</sup>Así nos lo expresó Catalina Pistone en una entrevista que le realizáramos a principios de la década del noventa del siglo pasado. En aquellos años, Pistone era directora del Archivo General de la Provincia de Santa Fe y miembro de la Junta Provincial de Estudios Históricos (Brito, Larker y Ravasio 1991: 16).

municipales que hasta el presente siguen vigentes. Por más de setenta años el Archivo Histórico y la Junta de Estudios Históricos se relacionaron, no solo por las actividades que cada institución desempeñó en relación al Estado provincial, sino también porque varios de sus miembros participaron de ambas. Felix Barreto<sup>8</sup> fue uno de los primeros en reunir esa doble condición, ya que fue fundador del Archivo Histórico y vocal de la Junta de Estudios Históricos desde su inicio.

### **3 Claudia Chapaco reaparece en los trabajos de dos miembros de la Junta Provincial de Estudios Históricos: José Pérez Martín y José Rafael López Rosas**

El segundo hallazgo que hemos logrado hasta el momento, refiere a una obra que se escribió treinta y cinco años después de la publicación de la nota del diario *El Orden* que hemos presentado en el apartado anterior. Es José Pérez Martín quien escribe en este caso, otro miembro de la Junta Provincial de Estudios Históricos y “un reconocido abogado santafesino, estudioso de la historia de la ciudad, que dejó numerosas crónicas de acontecimientos locales relevantes”. Había nacido en 1904 y habitó durante la mayor parte de su vida en una casa de la calle 3 de febrero, a una cuadra del templo de la Orden de los Dominicos. Además, participó activamente de la vida de la Orden, ya que fue terciario dominico y presidente de la Tercera Orden Dominica de Santa Fe (Collado 2014).

Entre las obras de Pérez Martín se destacan “Itinerario de Santa Fe” (1965), “Presencia y Destino de Santa Fe en el Río de La Plata” (1961), “Latitud sur. Momentos estelares de Santa Fe” (1975) y “Evolución del Poder Judicial en Santa Fe” (1967), entre otras. Fueron frecuentes sus notas de carácter historiográfico, literario y de opinión en el diario *El Litoral*, desde 1944 hasta la década de 1970. Además, dictó conferencias y tuvo un destacado protagonismo en la escena pública santafesina.

---

<sup>8</sup>Cabe aclarar que bajo su dirección se creó la Biblioteca y Archivo Histórico en 1921, conduciéndolo hasta 1935, año en que se jubiló. Para entonces ya era miembro del Centro de Estudios Históricos, luego Junta Provincial de Estudios históricos. Lo reemplazó José María Funes en la dirección de la Biblioteca y Archivo Histórico, hombre que también se desempeñó como miembro de la Junta Provincial de Estudios históricos.

Es en el libro “Itinerario de Santa Fe” donde Pérez Martín vuelve sobre Claudia Chapaco y su chipá, ampliando la información que nos aportara Barreto, sumando descripciones sobre las actividades y las formas de sociabilidad que en torno al lugar habitado por la Chipacera se desarrollaron durante el transcurso del siglo XIX. Pero antes de ocuparnos de esos aportes, consideremos lo que el autor nos plantea respecto de lo que el lector encontrará al leer su trabajo. En “Antes de leer este libro”, Pérez Martín les dice a quienes lo tienen en sus manos que

“Aquí viene con sus relatos históricos Itinerario de Santa Fe. Puede ser un libro de historia. Pero es, antes que nada, un libro de amor a la tierra, y a su espíritu. Aquí está en el recuerdo del pasado, la realidad del presente y la fe en el porvenir” (1965: 7).

El planteo no deja de ser complejo porque, además de ser un “libro de historia” (aunque el autor dice que “puede ser”, como relativizándolo), también está el “recuerdo” (¿su recuerdo?, ¿el recuerdo de quién?) y ambos están atravesados por “el amor a la tierra” y “la fe en el porvenir”. Así, su trabajo y su compromiso no solo se propone una recuperación/reconstrucción del pasado, sino que este contribuya a la construcción del futuro.

En la misma presentación el autor nos aclara que varios de los relatos que aparecen en la obra habían sido publicados con anterioridad en diarios de la ciudad y de la Capital Federal, por lo que nos permite considerar al libro como una compilación. En ella se exponen “distintos aspectos de la ciudad de Santa Fe, de la provincia y de sus hombres” que son abordados desde la “emoción evocativa” para que la historia “resulte grata a todos los espíritus”, uniendo

“el color dorado de la leyenda y el familiar estilo de los cronistas con la disciplina severa de los documentos. De esta manera la historia es la visión real y humana que nos invita a leerla y a encontrar dentro de nosotros, mucho de lo que tuvieron las generaciones anteriores” (Pérez Martín 1965: 8).

Entendemos que Pérez Martín se propone amalgamar el rigor del trabajo historiográfico, tal como él lo concibe, con la expresión artística de la literatura que “invita a leerla”. Con los propósitos mencionados y los criterios adoptados, el autor va transitando en el libro por distintos temas. Nos detenemos en el capítulo tres que se titula “Breve Historia de árboles”. Luego

de hacer unos comentarios acerca de la palmera que se levanta “frente al pórtico del santuario de la Virgen de Guadalupe”, que para Pérez Martín es probablemente el ejemplar más antiguo que se conserva al momento de escribir su obra, nos dice que “pueden disputarle antigüedad los ombúes de Claudia Chapaco o la Chipacera, de los que todavía quedan algunos bastantes maltrechos, en las cercanías de las calles 9 de Julio y Jujuy, en pleno parque del Sur” (1965: 24).

Interesa observar que en la narración de Pérez Martín ya no se trata de Paula, sino de Claudia y así será nombrada en los trabajos historiográficos que le continúen. Por otro lado, el historiador ubica temporalmente la vida y la actividad de la mujer referenciándose en las “crónicas lugareñas”, que le indican que desde 1830 existía “una modesta casa de techo de paja a dos aguas, donde su moradora preparaba el célebre ‘chipá’<sup>9</sup>. Significativamente Pérez Martín no alude a las visitas de Estanislao López al lugar, como lo había hecho Barreto, pero sí menciona que

“Alrededor de la casa de Claudia Chapaco vivaquearon blandengues, dragones de la escolta “Federación” y soldados del regimiento 7 de abril y al pie de los ombúes rasgueaban las guitarras en las tardes domingueras y se bailaba a la luz de los candiles o de la luna” (1965: 25).

Como se observa, “los ombúes” de Chapaco ya no son solo lugar de reunión para comer chipá, sino que los nuevos datos que se aportan permiten entenderlo como un ámbito de sociabilidad y reunión para el ocio, la diversión y baile que se prolonga en la noche. Lugar de encuentro en uno de los márgenes de la ciudad, en torno a un rancho y unos ombúes, atendido por una mujer que vive en condiciones de pobreza. La impugnación de esos eventos llegó en algún momento puesto que

“La fama de los ombúes de la Chipacera subió hasta el púlpito de las iglesias. Orador sagrado hubo, como el Presbítero Nicasio Romero, que fue miembro de la Cámara de Representantes, quien fulminó estas

---

<sup>9</sup>Se leen en el texto de Pérez Martín algunos datos que no aparecían en los relatos de Felix Barreto. Al respecto se dice que “El ‘chipá’ era una torta preparada con harina de mandioca y queso rallado, que se saboreaba entre mate y mate o entre vaso y vaso de vino carlón, el tinto que vendían con preferencia los pulperos, y con el cual se preparaba también la popular ‘sangría’.” Con ello, el autor explica como se hacía la torta, pero también como se la acompañaba (Pérez Martín 1965: 25).

reuniones: Van al baile de la Chipacera, dijo, y a los nueve meses son las consecuencias” (Pérez Martín 1965: 25).

Sabemos que Romero fue un sacerdote que desempeñó funciones durante las décadas de 1820, 1830 y 1840, para esta última se desempeñaba como Capellán de Gobierno y un actor destacado en el ámbito político y social de la ciudad de Santa Fe (Pozzo 1940: 78). Pese al rechazo que se pudiera expresar desde la iglesia, la Chipacera continuó posibilitando las reuniones y según Pérez Martín “la popularidad del lugar creció desde 1880, pues desde esa época se abrió una pista de andarivel” (Pérez Martín 1965: 25).

Es en el capítulo 11 de “Itinerario de Santa Fe”, titulado “Caballos y cuadreras”, donde Pérez Martín vuelve sobre las actividades generadas por Claudia Chapaco, en este caso, relacionadas con las “pistas de andarivel”. Se señala que las más antiguas (evidentemente de las que tiene registro el autor) se instalaron en la década de 1840 y menciona tres:

“la que comenzaba en los ombúes de Piquete y terminaban cerca de la Casa de la Pólvora, en inmediaciones del actual Hospital Italiano y más o menos seguía el camino Nogueras; la segunda venía de la Plaza de Guadalupe, hasta la actual esquina de Rivadavia y Junín, donde había empotrado un mojón de hierro, llamado mojón del pueblo; y la tercera se abría en los ombúes de la Chipacera extendiéndose en tres cuadras hacia el oeste, por lo que hoy es la calle Jujuy” (Pérez Martín 1965: 85 y 86).

El texto continúa con la descripción de las pistas y los lugares por donde se extendían, caracterizados por los descampados, pero también por matorrales y pencas. También señala que las carreras tenían lugar luego del almuerzo de los domingos, “a las 15 horas en verano, a las 13 o 14 en invierno”<sup>10</sup>. Es interesante observar la connotación popular que adquirían las carreras de caballos, así como las prácticas y el consumo que se desarrollaba en el lugar. Sobre ello, Pérez Martín expresa que

<sup>10</sup>Dice Pérez Martín (1965: 87) “Las tardes domingueras eran bulliciosas en las cercanías de las pistas de andarivel. Mientras los dueños de caballo concertaban carreras, presentaban los ‘rayeros’ y palmeaban los equinos, los jueces despejaban la raya de largada, cruzándose las apuestas en los instantes de la partida en medio de gritos, opiniones y alguno que otro alarido”.

“La concurrencia provenía de todas las clases: llegaba gente del Quiyá (sic), del Campito, del Barrio de San Antonio, de los pagos de las quintas y chacras, jinetes paisanos, jóvenes del centro urbano, señores y funcionarios. Cuidaban el orden no solo los policías, sino soldados y oficiales del Regimiento 7 de abril, en tanto los jueces de carrera con seriedad y empaque recorrían a caballo las pistas. A lo largo de estas se instalaban carpas y carros, a la sombra de ombúes y paraísos, donde se vendía el carlón, la ginebra, la caña, pasteles, carnes asadas y fritos almibarados. Las pulperías vecinas surtían damajuanas de caña, pipas de vinos, tabaco, yerba, género como bramante y percales, cielitos y romances impresos, y poemas de Martín Fierro en cuadernillos de tapas verdosas” (1965: 87).

De acuerdo a esas descripciones, las reuniones hípicas eran un tiempo de ocio, algarabía y abundante consumo de bebidas espirituosas, aunque también daban lugar a la galantería, la seducción y el acercamiento, puesto que

“Las carreras terminaban en el crepúsculo. Pero el bullicio no disminuía. Los jinetes bien aperados lucían sus cabalgaduras, mientras humildes criollos montados sobre los bastos bellaqueaban con sus pingos. No faltaba aquel con el pretal lleno de cascabeles, que de tanto en tanto llevaba a la boca el chifle para apagar su sed y otros llevaban en ancas muchachas que adornaban sus cabezas y la de los caballos con luciérnagas. Estos paseos daban fin –por no decir comienzo- bajo los ombúes de la Chipacera o al oeste de la ciudad en el local de la Faustina”(Pérez Martín 1965: 87).

El recorrido por los textos de Pérez Martín y Barreto nos permite saber que en los años treinta del siglo XIX Claudia Chapaco vendía su chipá a Estanislao López y entre esos años y la década que le siguió el sacerdote Romero advertía en sus misas sobre las consecuencias de las reuniones que en torno a su rancho se llevaban a cabo. Décadas después, en los ochentas, las carreras de caballos que se organizaban en el lugar la tienen nuevamente como referencia, promoviendo un ámbito de sociabilidad en el

que los concurrentes, hombres y mujeres de diversa pertenencia social, se encuentran para divertirse, apostar, beber, comer y compartir, algunos hasta que la noche les ofrece otras alternativas. En 1903 Claudia Chapaco ya es una mujer muy vieja, visitada y consultada por Barreto, quien se informa con la memoria “fidelísima” de la mujer. Nada se dice respecto de su condición etnosocial.

En la continuidad de la búsqueda de información que nos permita reunir más datos sobre Claudia Chapaco y el contexto social del que forma parte, nos encontramos con las publicaciones que José Rafael López Rosas ofreció en diversos formatos, todos con posterioridad a lo que nos ha aportado sobre el tema Pérez Martín. López Rosas fue un reconocido abogado, escritor e historiador de Santa Fe<sup>11</sup>, expresa “Industrias Creativas”, una página web del Gobierno de la provincia de Santa Fe en la que se encuentra disponible para la descarga un libro que es autoría de aquel. En la presentación se dice que publicó libros de historia constitucional, legislativa y también sobre literatura. En 1972 ganó el Premio Provincial de Ensayo “Juan Álvarez” con su Historia de la Literatura de Santa Fe, que fue publicada al año siguiente en la colección Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe (López Rosas 2018).

López Rosas ejerció la docencia universitaria y tal como dice Coudannes, “ocupar cátedras universitarias otorgaba legitimación intelectual, en tanto que los estudios de Derecho proporcionaban los saberes necesarios para la función pública pero también para poder realizar análisis de la documentación oficial que fundamentaran las representaciones” que sobre el pasado se construían (Coudannes Aguirre 2005: 10). Como profesor en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, sabemos que López Rosas pasó a formar parte de la cátedra que estaba a cargo de José Carmelo Busaniche durante los años de la Revolución Libertadora. Según se dice en el blog de la cátedra Historia del Derecho de aquella unidad académica “Pasados los primeros momentos de la normalización de fines de 55, siendo decano Buonocore, en 1957 se designa a José Carmelo Busaniche como profesor de ‘Historia Constitucional’”. Su adjunto fue José Rafael López Rosas, “que en buena medida siguió sus pasos; también fue un publicista, por años dirigió el suplemento cultural del diario El Litoral, ‘La comarca y el mundo’” (Fessia 2017). Tres libros,

---

<sup>11</sup>Fabiana Alonso (2020) nos informa que López Rosas era abogado y profesor de historia constitucional argentina en la Universidad Nacional del Litoral; además, publicó libros sobre historia colonial y postrevolucionaria y fue miembro de número de la Junta Provincial de Estudios Históricos.

dos publicados a instancias de la municipalidad de Santa Fe y uno por la fundación de un banco de capitales locales, reúnen una parte importante de la obra historiográfica de López Rosas. En cada uno de los libros se compilaron un extenso número de pequeños trabajos (con una variable cantidad de páginas que rondaban entre las cinco y ocho) todos dedicados a diversos aspectos de la historia de la ciudad, la política provincial, las expresiones culturales y los comportamientos sociales, abarcando el amplio marco temporal que va desde la fecha de su fundación hasta mediados del siglo XX. Así, en 1985 publica “De Antiguas Crónicas”, en 1993 “Santa Fe, la perenne memoria” y en 1997 “Santa Fe, aquel rostro. Su historia, su política, su cultura”. Sus intervenciones con artículos de opinión, poesía y literatura o trabajos de tipo historiográfico en los diarios de la ciudad son muy numerosas, comenzando a publicar en los años cuarenta y extendiéndose hasta los noventa.

Al revisar la importante obra de López Rosas nos encontramos con escasas referencias a Claudia Chapaco y las actividades que en torno al lugar que habitaba se llevaban a cabo. Las menciones aparecen solo en algunos de los artículos que forman parte de “Santa Fe, la perenne memoria”. Ello sucede particularmente en dos de ellos. En el artículo titulado “El Deporte de los reyes. De caballos y cuadreras del Siglo pasado”, cuando López Rosas menciona las canchas de carrera señala que “también en el barrio de oeste, surgió por entonces la renombrada pista de la Chipacera, al oeste de la quinta del Dr. Félix Pujato, bullanguera cancha donde se congregaba la elite de los burreros santafesinos” (1993: 468). Al final del texto vuelve a mencionarla al plantear que

“los contertulios del nuevo Jockey Club, sobre todo los de más edad, sentados muy elegantes y ceremoniosamente en los sillones, si bien admiraban el confort y el progreso de la moderna institución –allá por 1913- no dejaban de recordar aquellos famosos encuentros en los ombúes de la Chipacera, en lo de doña Faustina o en los Bajos del Salado, donde las famosas cuadreras se desenvolvían en el florido marco de los boliches agitando sus toldos, los vinos y los pasteles, la gritería del paisanaje, alguna gresca, el canto de algún pardo rascando la viola y el revolotear de las muchachas, querendonas al entrar el ocaso. Todo eso y mucho más, con el consabido bailongo de última, con su olor a

pachulí y al agridulce vaho de la noche [...], mientras los pingos esperando en los palenques, esfumaban sus figuras en las voluptuosidades de la sombra” (López Rosas 1993: 472).

La exposición de los acontecimientos domingueros ligados a las carreras cuadreras que nos propone López Rosas, contiene en lo fundamental las mismas descripciones que realizara Pérez Martín tres décadas antes. Nada nuevo aparece en lo relativo a Claudia Chapaco, solo se reiteran aspectos ya informados, aunque bajo una escritura que expresa la impronta personal del autor. En la búsqueda de alguna referencia sobre el origen etnosocial de Claudia Chapaco, el recorrido por los diversos artículos que componen el libro, no nos ofrece novedades. En el que lleva por denominación “Los Negros en Santa Fe”, López Rosas no alude a Claudia Chapaco, ni al ombú de la Chipacera. Lo mismo sucede en la parte dedicada a “El Carnaval Santafesino”, aun cuando en este aparecen menciones a la comparsa *Los Negros del Sur* y a la de *Los Negros Santafesinos*, así como al “negro” Arigós, quien estuvo al frente de esta última durante la primera mitad del Siglo XX.

Nuestra búsqueda se ve gratificada al abordar el artículo “Los bailongos del Siglo pasado, antesala del tango en Santa Fe” en el reaparecen las referencias a Claudia Chapaco. Allí López Rosas expresa

“de vez en cuando, solían también improvisarse guitarreadas y bailes en el ombú de la Chipacera (Doña Claudia Chapaco), al oeste de la ciudad, que terminaban con el canto de los gallos. El motivo de la reunión era por supuesto una «cuadrera»; lo demás venía por añadidura. Inocentes o pícaras estas fiestas eran la única válvula de escape de aquellos santafesinos de fines de Siglo, que los domingos, si no escapaban hacia la isla en busca de un patí o amarillo o de un par de crestones, enderezaban hacia el reñidero de Don Manuel Borja, en calle San Jerónimo o hacia una de las pistas de carreras del oeste, con el remate lógico del baile posterior” (1993: 371).

Una nueva referencia a los ombúes de la Chipacera como lugar de fiesta, de encuentro y baile ligado a las carreras de caballos. Se identifica un error en López Rosas al señalar la zona oeste como el lugar de radicación de la mujer que nos interesa, pero se reitera el dato de que es en las décadas finales del siglo XIX cuando los encuentros hípicas en aquel lugar

adquieren gran popularidad. Por lo demás, deberemos esperar a los trabajos de Catalina Pistone para enterarnos que Claudia Chapaco es parda, es decir, afrodescendiente.

## 4 Catalina Pistone y su aporte a la historiografía santafesina.

Antes de introducirnos en la consideración de los aportes al conocimiento de Claudia Chapaco que nos brindó Catalina Pistone, se hace necesario repasar su formación y desempeño. Comencemos diciendo que en la sociedad santafesina es reconocida como historiadora, archivista y escritora. Cursó sus estudios secundarios en la Escuela Normal Nacional “General San Martín”, lo que le permitió egresar como maestra y dedicarse a la docencia. En 1953 fue nombrada para desempeñar funciones en el Archivo General de la Provincia y, pasadas más de dos décadas, fue designada su directora. Durante ese mismo año de 1978 fue becada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España, lo que le permitió estudiar “Organización Administrativa de Archivos” en la Escuela Documentalista de Madrid y obtener título de Técnica Archivera (*El Litoral*, miércoles 23 de agosto de 1978: 5).

En paralelo con su trabajo en el archivo, Pistone desempeñó tareas administrativas y docentes en la Facultad de Historia de la Universidad Católica de Santa Fe. Enseñó Metodología de la Investigación Histórica<sup>12</sup>, ofreció conferencias y escribió artículos que aparecieron en diarios y revistas. Al igual que otros historiadores santafesinos, participó de audiciones radiales desarrollando variados temas de historia santafesina de la etapa colonial e independiente. Entre fines de los años sesenta e inicios de los setenta, se creó la Comisión Redactora de la Historia de la Instituciones de la Provincia de Santa Fe y se publicó una voluminosa obra en la que Pistone participó<sup>13</sup>. Durante la década de 1970 fue designada miembro de número de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina (1975) y de la Junta de Estudios Históricos de la Provincia de Entre Ríos (1976). En 1975 la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe, integrada hasta el momento sólo por hombres, la incorporó como miembro de número, por lo que se constituyó en la primera

---

<sup>12</sup>Entre 1982 y hasta 1983 se hace cargo en la Universidad Católica de la Dirección del Seminario de Investigación Final de la Carrera del Ciclo Superior de la Facultad de Historia.

<sup>13</sup>Participó con un trabajo de historia del arte en Santa Fe entre los siglos XVII y XIX (Pistone 1967).

mujer en acceder a esa condición. La acción desarrollada en la institución junto a la decisión de sus miembros posibilitó que, entre 1989 y 2000 ejerciera la presidencia. En 1992 ingresó a la Academia Nacional de Historia como Académica Correspondiente. Durante el acto en el que se la incorporó, fue recibida por Enrique de Gandía y Catalina expuso un trabajo titulado “Esclavatura Negra en Santa Fe”.

En 1981 Catalina Pistone fue designada como miembro del Consejo Asesor de Redacción de la Revista *Universidad* de la Universidad Nacional del Litoral y en 1988 como miembro de número del Centro de Estudios Hispanoamericanos. Cabe mencionar también que, además del vínculo establecido con distintas entidades dedicadas a la historiografía, Pistone formó parte de la Asociación de Amigos de la Biblioteca Municipal, de la Asociación Santafesina de Escritores y de comisiones asesoras de museos y archivos. Para más, según Gloria María Von Mende de Bertero, Catalina Pistone “rescata del olvido a mujeres, instituciones, sociedades o hechos de la historia no sólo de Santa Fe, sino del país y de América Latina” con sus publicaciones en diversos medios. Entre estos, caben destacar la revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos, así como los diarios *Gaceta* de Santo Tomé, *La Capital* de Rosario, *La Mañana* y *El Litoral* de Santa Fe<sup>14</sup>. Catalina Pistone falleció en Santa Fe el 10 de mayo de 2000.

---

<sup>14</sup>Von Mende de Bertero señala que Pistone realizó un cuantioso número de publicaciones. Al respecto menciona “Santafesinos en los sucesos de Mayo; Augusto J. Olivé, el malogrado pintor rosarino; Inmigración e idioma nacional; Vida y obra del Dr. Ramón J. Lassaga. Con este estudio obtiene el Primer Premio en el concurso literario organizado por la Biblioteca Municipal de Santa Fe en 1964-1965. Publica luego Presencia de la mujer en la vida de Santa Fe; Algo más sobre el escudo de Santa Fe; El arte en Santa Fe -siglos XVII, XVIII y XIX-, (1973). Este último se declara Primer Premio Nacional -Región Centro Litoral para el cuatrienio 1971-1974, otorgado por la Secretaría de Estado de Cultura de la Nación en “Arquitectura, Diseño y Urbanismo”. Sobre Estanislao López, escribió Orientación Educacional en la política de Estanislao López. Entre cientos de sus publicaciones podemos citar: Primeros intérpretes de la colonia Esperanza; Las Artes Plásticas en Santa Fe; El momento histórico de Santa Fe; Monumentos históricos en la vida de Manuel Belgrano; El Archivo intermedio del Archivo General de Santa Fe- Argentina- y Estudio Histórico de las Artesanías de Santa Fe (1979-1980). Por este libro recibe el Primer Premio Provincial de la Subsecretaría de Cultura de Santa Fe, en el Concurso organizado por la División ‘Folclore y Artesanías’, sobre la investigación folclórica” (Von Mende de Bertero 1995).

## 5 Catalina Pistone nos dice que Claudia Chapaco es parda

Catalina Pistone pasó a formar parte de la Junta Provincial de Estudios Históricos en un contexto de lenta renovación de sus integrantes, de los temas que se comenzaron a abordar y de las formas de tratarlos. Hemos señalado que en 1992 se incorporó a la Academia Nacional de la Historia con la exposición de “La esclavatura negra en Santa Fe”. El trabajo fue publicado en 1996 con formato de libro. En el prólogo la autora manifestó que su interés por la esclavitud en Santa Fe surgió en 1965, cuando un compañero de trabajo le obsequió un libro titulado “La esclavitud en Hispanoamérica” de Rolando Mellafe. Desde entonces y durante más de dos décadas se dedicó a investigar sobre ello, aunque no lo pudo hacer a tiempo completo. No obstante, pudo encontrarse con un cuerpo de documentos inéditos y una bibliografía “de la que se carece en el ámbito historiográfico local” (Pistone 1996: 6). Pistone estaba en lo cierto, la historia de la historiografía de Santa Fe pone en evidencia la poca dedicación que se le había dado al estudio de la diáspora africana y los afrodescendientes en la provincia hasta ese momento. Ello se hace patente cuando se observa que, durante las primeras décadas del siglo XX, en las provincias se comenzó a escribir una historia local con el objeto de exaltar las contribuciones a la formación del Estado Nacional y difundirla en las instituciones escolares con el propósito de formar a los futuros ciudadanos, un tipo de historia político-institucional que se centraba en la figura de personalidades locales destacadas y que ayudaba a la creación de una identidad provincial (Coudannes Aguirre 2009). La obra de los historiadores de la Junta Provincial de Estudios Históricos da cuenta de la escasa preocupación por los estudios de los sectores subalternos y, particularmente, de la presencia africana y/o afrodescendiente y sus contribuciones en Santa Fe. Esto no quiere decir que no fueran considerados, aunque se lo hizo como parte de abordajes más amplios en términos de los grupos sociales a los que se referían y los temas en los que se los incluía. Tal es el caso de los trabajos de José Pérez Martín y de José Rafael López Rosas<sup>15</sup>.

Tras la reapertura democrática a inicios de la década de 1980, la producción historiográfica se vio sometida a un proceso de renovación

---

<sup>15</sup>Cabe señalar que ambos historiadores retomaron en varios de sus libros y/o artículos los escritos de Clementino Paredes, quien se ocupara con anterioridad del tratamiento de los temas a los que nos estamos refiriendo. Las referencias a sus trabajos son frecuentes en los de José Pérez Martín y José Rafael López Rosas.

y, en ese contexto, la preocupación por los grupos subalternos y de los afrodescendientes en particular dio lugar a trabajos que comenzaron a considerarlos. A nivel local, las publicaciones de Agustín Zapata Gollán (1987) y Catalina Pistone (1996) dieron cuenta de la inquietud por estudiar a la esclavitud africana en Santa Fe. En lo que respecta a este último trabajo, llama la atención que la historiadora decidiera utilizar el término “esclavatura” en el título de la obra, una denominación que era la misma con que las élites se referían al conjunto de esclavos como bienes. La autora expresa que

“aunque “esclavatura” sea un término en desuso, he optado por él en razón de que he querido señalar, de acuerdo con lo que dice el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, el “conjunto de esclavos” (esclavatura) que existieron en la ciudad de Santa Fe, y no referirme a “la sujeción excesiva por la cual se ve sometida una persona a otra, o a un trabajo u obligación” (esclavitud 4ta. acepción), que son, en esta situación, definiciones distintas” (1996: 5).

En relación con lo expresado, el desarrollo del trabajo permite observar una inclinación a aseverar que las relaciones entre los africanos y afrodescendientes con los sujetos pertenecientes a los grupos sociales que tenían poder sobre ellos, se caracterizaron por el buen trato. Ello puede deberse, entre otros factores, a lo manifestado por Lina Beck Bernard en su libro “El río Paraná: Cinco años en la República Argentina” (2013), una fuente de importancia en el trabajo de Pistone, en la que se plantea que las relaciones entre unos y otros se desarrollaron en los mismos términos en que lo plantea la historiadora, cuestión altamente objetable<sup>16</sup>.

El interés y la referencia a la población africana y afrodescendiente por parte de Pistone no se agotó en lo ya señalado, sino que publicó en

---

<sup>16</sup>Tal como lo hemos sostenidos en otro trabajo, las connotaciones que Lina le da a la relación que la “raza española-americana” mantenía con los africanos y los afrodescendientes, han sido compartidas por la historiografía que hasta los años noventa del siglo pasado primó en Santa Fe. Catalina Pistone, Manuel Cervera o Leoncio Gianello, han manifestado que dichas relaciones se caracterizaron por el buen trato, en un contexto armónico de vida familiar. No estamos en condiciones aquí de poner a prueba dichas afirmaciones, pero si nos parece importante expresar que, sin dudas, nos resultan sospechosas. Los esfuerzos realizados por africanos y afrodescendientes a lo largo de la historia de la esclavitud en Sudamérica para lograr su libertad evidencian el sentido contrario a dichos planteos (Larker 2021: 214).

el Suplemento N° 6 del diario *La Capital* “Historia de nuestra región: La presencia negra” en 1999 y, un año antes, “Los oficios cotidianos”, en el libro “Memorias de papel sensible: Reseña fotográfica de la Ciudad de Santa Fe” (1998), en el que se refirió nuevamente al tema. Este último aporte de Catalina Pistone es de suma relevancia para lo que estamos analizando. “Memorias de papel sensible” se nos presenta como libro de fotografías provenientes del archivo fotográfico del diario El Litoral, reunidos “con los testimonios de otros repositorios a fin de entregarlos, de modo ordenado”. En la introducción de la obra se nos explica que

“Para compilar el material, seleccionarlo y completarlo con textos, se contó con la inestimable colaboración de personas de instituciones que trabajaron entusiasta y profesionalmente con el objeto de ofrecer una obra que valiera la pena. De tal manera, la Junta Provincial de Estudios Históricos, el Archivo General de la Provincia de Santa Fe, el Museo Histórico Provincial Brigadier General Estanislao López, el Departamento de Estudios Etnográficos y coloniales y El Litoral ofrecen a los lectores el resultado de un esfuerzo compartido” (1998: 3).

Consideramos importante la mención a las instituciones que participaron en la realización de la obra y a la consideración que el diario santafesino hizo de ellas y por extensión, de las personas que las conformaban. En ese sentido, el trabajo se ve legitimado por instituciones reconocidas por el Estado provincial y por la trayectoria desplegada a lo largo de décadas en el ámbito de la ciudad. El libro se estructura a partir de textos relativamente cortos que anteceden a la exposición de las fotografías acompañadas de sus referencias. Al recorrerlo nos encontramos con textos e imágenes de la plaza de mayo, el cabildo, las iglesias, la arquitectura doméstica, los parques, las aulas y la universidad. En la segunda mitad del libro se presentan temas vinculados a las fiestas cívicas, las procesiones, los diversos oficios practicados durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, las pulperías, los trabajos “industriales” y el transporte. El trabajo de escritura fue realizado por los directores de las instituciones participantes, así como por los empleados, en algunos casos, o los miembros de número en otros, e invitados. En el aniversario número ochenta del diario más antiguo de la ciudad, junto a instituciones de reconocida trayectoria, en las que se preserva y se construye una parte significativa de las representaciones del pasado y la histórica de

la sociedad santafesina, el libro propone “que la memoria no se pierda del todo” (1998: 3).

Catalina Pistone participó de la obra con “Las iglesias del sur” y “Los oficios cotidianos”. En este último, la historiadora se explaya brevemente sobre el trabajo de lecheros, aguateros, zapateros y panaderos. También se dedica a la presentación de otros oficios que se practican en los márgenes de la ciudad. Nos explica que

“Saliendo de la plaza principal y yendo hacia el río, se veía a numerosas lavanderas que alborotaban el ambiente. Junto al río en el verde, arrodilladas cerca de los charcos, apaleaban con una especie de garrote las prendas para blanquearlas, “acompañando el trabajo con la cháchara propia de las negras, que entre gritos y carcajadas pasaban las horas”. Allí encendían fuego para calentar la pava para el mate, mientras fumaban su cachimbo y descargaban miles de insultos a los muchachitos que les pisoteaban la ropa recién lavada. Se oía cantar a estas negras sus cantos africanos y cuando volvían a sus casas llevaban el atado de ropa sobre las cabezas, mientras que con andar sandunguero enfilaban hacia sus barrios” (1998: 94).

Así introduce la presencia de los afrodescendientes en el contexto de las historias que se narran en el libro. Acompaña al texto una foto en la página contigua en la que se observa una lavandera en el río. En la referencia se dice que “las lavanderas acostumbraban lavar azotando las ropas contra las piedras. Mientras lavaban entonaban sus cantos africanos”<sup>17</sup>. A continuación, Pistone expresa que

“Fue famosa en la mitad del Siglo XIX, Claudia Chapaco la Chipacera, una parda que preparaba para los soldados que acostumbraban acercarse al ombú de su casa el rico “chipá” que ella amasaba. Así se conoció el “ombú de la Chipacera” (actualmente existe en el Parque del Sur), donde no sólo se comía el rico chipá sino que se bailaba, se tomaba vino carlón y se tocaba la guitarra hasta altas horas de la madrugada. El Cura Vicario Nicasio

---

<sup>17</sup>En la referencia de la foto se dice que es de 1930 y pertenece al archivo Argentino de la Junta Provincial de Estudios Históricos (1998: 95).

Romero, en 1888, predicó desde el púlpito de la iglesia, que aquel que se acercaba al “ombú de la Chipacera” cometería el pecado mortal, porque frecuentemente las jovencitas que allí concurrían, a los nueve meses tenían las consecuencias, sin que se conociera su padre” (1998: 94).

Así, aparece por primera vez la referencia a la condición socioétnica de parda de Claudia Chapaco, lo que da cuenta que se trata de una mujer afrodescendiente. Como lo hemos podido observar, en las descripciones y alusiones a Chapaco realizadas por Barreto, Pérez Martín y López Rosas, no había referencias en ese sentido. Lamentablemente Catalina Pistone no citó la fuente que le permitió identificar a Claudia Chapaco como parda, cuestión que puede entenderse porque el estilo de la publicación no se lo posibilitaba.

## 6 Consideraciones finales

¿Qué quiere decir que la Chipacera fuera parda? La categoría de pardo (como podría ser la de mulato, zambo u otras), es una etiqueta subjetiva debido al color o la condición de los individuos sobre los cuales se aplicó o se aplica. Alejandro Richard, en un estudio dedicado a la población indígena y afrodescendiente de Paraná durante el período tardocolonial y las primeras décadas independientes, nos dice que las formas de clasificación variaron de acuerdo a la naturaleza del documento que se producía y de quien lo redactaba, jugando en ello los criterios de origen jurídico, así como también las relaciones entre aquel con “la memoria de origen y las características fenotípicas de las personas involucradas” (Richard 2019: 172). Para más, Richard explica que “las categorías heredadas de los sistemas clasificatorios coloniales se vieron modificadas ante el nuevo contexto social y político” que surgió en el período posrevolucionario. Las llamadas “castas” del período colonial se componían de subcategorías con las que se identificaba a individuos nacidos de uniones en las que se mezclaban miembros de diferente procedencia socioétnica, dando origen a mestizos, zambos, mulatos, pardos y morenos, entre otros. Las diferentes etiquetas se asignaban “teniendo en cuenta no solo los elementos fenotípicos sino también su ocupación, lenguaje, vestimenta, y lugar de residencia”. De esta manera, la asignación de determinada condición era altamente subjetiva y no expresaba “entidades reales y objetivas sino construcciones intelectuales” (Richard 2019: 173). Así,

podía suceder que a través de las asignaciones se ocultara la herencia africana o indígena o se la reconociera.

Nuestras indagaciones en los archivos parroquiales y la búsqueda en las cédulas censales del siglo XIX no nos han permitido negar o afirmar lo planteado por Catalina Pistone, ya que no hemos podido hallar datos sobre Claudia Chapaco. Sin dudas, se trata de una tarea que debemos seguir realizando en diversos repositorios documentales<sup>18</sup>. No obstante, existen elementos importantes que colaboran en la identificación de la Chipacera como parda y, por consiguiente, afrodescendiente. Recordemos que en Santa Fe casi el 40 % de la población era parda o negra hacia finales de la década de 1810 (Candiotti 2016), dato que no se puede dejar de tener en cuenta. Por otro lado, las condiciones de vida, el lugar de residencia y la ocupación que describen Felix Barreto, Pérez Martín y López Rosas aportan indicios fuertes que colaboran en el sentido de considerar a Chapaco como afrodescendiente. Tengamos en cuenta que la señora vivía en el extremo sur de la ciudad, ‘allá por donde la calle 9 de julio ‘se tira de cabeza al río’’, tal como dijera el periodista del diario *El Orden* en 1930<sup>19</sup>. El rancho de paja con techo a dos aguas se hallaba en las cercanías del arroyo El Quillá, estaba rodeado por los ombúes y próximo a ellos existía una huerta, según se desprende de lo manifestado por Felix Barreto. Durante la segunda mitad del siglo XIX se instalaron en las cercanías unas ladrillerías que fueron un “sector productivo de larga data” (Cechini de Dallo 1998: 105), como la de Manuel Cervera, localizada sobre la rivera de El Quillá y la de Eguiazu más hacia el oeste. Recordemos que a Chapaco le decían la Chipacera por su dedicación a la venta de chipá, un producto alimenticio tradicional de la zona noreste de nuestro país y del Paraguay, de origen guaraní, lo que permite hipotetizar también sobre su descendencia aborigen. Además, la zona en la que vivía permitió que se practicaran carreras de caballos en una pista de andarivel que “se abría en los ombúes de la Chipacera” (Pérez Martín 1965: 86). Las reuniones se constituían en una importante fuente de ingresos a partir de la venta de diferentes productos de consumo, tales como alimentos y bebidas alcohólicas, según las descripciones.

<sup>18</sup>Los archivos parroquiales y las cédulas censales se han consultado utilizando la base de datos que nos aportan los recursos de FamilySearch. Disponible en <https://www.familysearch.org/es/>

<sup>19</sup>Recordemos que el título de la nota en la que se da cuenta de la visita realizada al lugar habitado por Claudia Chapaco era “Con el pié en el estribo, comía el General López antes de una batalla a la sombra del ombú. Un capítulo de historia que tiene un monumento natural allá por donde la casa 9 de julio ‘se tira de cabeza al río’” (*El Orden*, miércoles 11 de junio de 1930: 2).

Los datos consignados nos permiten dar cuenta de una mujer que vivía en una zona marginal de la ciudad, de su condición de cuentapropista (puesto que los ingresos que obtenía para su subsistencia los lograba con la venta de los productos que ella misma producía) y de su pobreza, reflejada en la vivienda que habitaba. Estos rasgos caracterizaban a muchos de los sujetos que formaban parte de los grupos subalternos de Santa Fe y que habitaban el barrio sur, la zona oeste (entre las quintas que allí existían) y el Campito, por calle Moreno al este, en las proximidades de río Santa Fe. De esos mismos grupos formaban parte los santafesinos afrodescendientes, empleados en distintos ámbitos laborales.

En su relato sobre la constitución de la Sociedad Coral Carnavalesca “Negros Santafesinos”, Mario Luis López (2010)<sup>20</sup> se apoya sobre los planteos de Catalina Pistone para exponer algunos de los rasgos etnosociales que caracterizaron al barrio sur y aporta otros en el mismo sentido. Nos informa que Demetrio Braulio Acosta, el “Negro Arigós”, se reunió con Pedro Paz, el “Negro Mandinga”, y otros muchachos a fines del año 1900 “en un viejo almacén del Barrio Sur”, en las cercanías de las calles 9 de Julio, 1º de Mayo. Concretamente, citando a Pistone, refiere al “almacén de don Goyo -donde siempre se reunía la comunidad afro”, cerca del lugar en el que se construiría años más tarde el Parque del Sur y que era

“punto de referencia el sitio conocido como el “ombú de la Chipacera” dirigido por la parda Claudia Chapaco, famosa por su chipa y por las guitarreadas y bailes que se realizaban. Y comenzaron los ensayos de la comparsa en la Casa de Acosta ubicada en la esquina NE de la intersección de las calles San Jerónimo y Uruguay” (López 2010: 26).

Lo expuesto queda corroborado al considerar una nota del diario *El Litoral*, publicada en el año 1944 y dedicada a contar distintos aspectos de la comparsa “Los Negros Santafesinos”. En ella se reproduce un diálogo que el periodista mantuvo con el “Negro Arigós” y que muy probablemente formó parte de las fuentes consultadas por Pistone y López. De la nota se desprenden los mismos datos respecto del lugar de la ciudad en el que se

---

<sup>20</sup>Mario Luis López no fue historiador sino el presidente de la Casa de la Cultura Indo-Afro-Americana desde su creación en 1989 hasta su fallecimiento. López fue un activista que se dedicó a la visibilización de los afrodescendientes en Santa Fe, sus expresiones culturales e historia, así como a la lucha por el reconocimiento de sus derechos, contra la discriminación y la xenofobia.

formó la organización carnavalesca y de los sujetos que participaron en ello, lo que nos permite sostener que el barrio sur estaba habitado a fines del siglo XIX y principios del XX, al menos, por algunos afrodescendientes (*El Litoral*, Domingo 27 de febrero de 1944, 5). De acuerdo a las fuentes que hasta aquí hemos consultado, la parda Claudia Chapaco formó parte de ellos.

## Bibliografía

ALONSO, Fabiana (2020) “Escenificaciones del pasado. Santa Fe, 1986”, *Cuadernos de Historia. Serie economía y sociedad* 24: 135-153. DOI: <https://doi.org/10.53872/2422.7544.n24.29266>.

BECK BERNARD, Lina (2013) *El río Paraná: Cinco años en la República Argentina*. Paraná-Santa Fe: EDUNER-Ediciones UNL.

BRITO, Alicia; LARKER, José y RAVASIO, María (1991) “La Junta Provincial de Estudios Históricos y su producción historiográfica en la última década (1980- 1990)”, en: *Archivo de trabajos de Seminario de Historia Argentina del Profesorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias*. Santa Fe: UNL.

CANDIOTI, Magdalena (2016) “Hacia una historia de la esclavitud y la abolición en Santa Fe, 1810-1853”, en: Guzmán, F.; Geler, L. y Frigerio, A. (comp.) *Cartografías afrolatinoamericanas*. Buenos Aires: Biblos.

CECCHINI DE DALLO, Ana María (1998) “En el sur se escuchaban las Máquinas”, en: AA.VV. *Memorias de papel sensible: Reseña fotográfica de la Ciudad de Santa Fe*. Santa Fe: El Litoral.

COLLADO, Adriana (2014) “El templo Nuestra Señora del Rosario del convento de Santo Domingo de Santa Fe. Referencias para una secuencia arquitectónica del edificio”. *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos* 71: 211-239.

COUDANNES AGUIRRE, Mariela Alejandra (2005) “La historiografía santafesina y los usos del pasado en la década del treinta”, en: *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad*

de *Humanidades y Artes*, Universidad Nacional del Rosario, Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral. Rosario.

COUDANNES AGUIRRE, Mariela Alejandra (2009) “¿Profesionales o políticos de la historia? La historiografía santafesina entre 1935 y 1955”, en: Suárez, T. y Tedeschi, S. (Comps.) *Historiografía y sociedad: discursos, instituciones, identidades*. Santa Fe: Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, pp. 27-68.

FESSIA, Ricardo Miguel (2017) “José Carmelo Busaniche”. *Blog Oficial de la cátedra Historia del Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad nacional del Litoral*. Disponible en: <https://historiadelderechounl.wordpress.com/2017/09/06/jose-carmelo-busaniche/>.

FURLONG, Guillermo (1963) *Historia del Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe y de sus irradiaciones culturales, espirituales y sociales*. Catálogo general de ex alumnos con la guía de rectores, sacerdotes, hermanos y profesores, 1862- 1962. Tomo VI. Santa Fe: Edición de la Sociedad de Exalumnos.

LARKER, José Miguel (2021) “Los afrodescendientes como parte de la sociedad santafesina en los inicios de la segunda mitad del siglo XIX. Una aproximación a partir de los relatos de Lina Beck Bernard”, en: AA.VV. *Miradas de África y su diáspora en América Latina: historias que nos interpelan*. Córdoba: CONICET-UNC. Programa de Investigación sobre África y su Diáspora en América Latina; Universidad Nacional de Córdoba. Programa de Estudios Africanos; Red África y su Diáspora. Disponible en: <https://estudiosafricanos.cea.unc.edu.ar/files/Miradas-de-Africa.pdf>.

LÓPEZ, Mario Luis (2010) *Una historia a contramano de la Oficial: Acosta, D. ‘El Negro Arigós’ y la Sociedad Coral Carnavalesca Negros Santafesinos*. Santa Fe: Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe.

LÓPEZ ROSAS, José Rafael (1985) *De Antiguas Crónicas*. Santa Fe: Talleres Gráficos Banco Bica Coop. Ltda.

LÓPEZ ROSAS, José Rafael (1993) *Santa Fe. La perenne memoria*. Santa Fe: Municipalidad de la Ciudad de Santa Fe.

LÓPEZ ROSAS, José Rafael (1997) *Santa Fe, aquel rostro. Su historia, su política, su cultura*. Santa Fe: Municipalidad de Santa Fe.

LÓPEZ ROSAS, José Rafael (2018) *Historia de la Literatura de Santa Fe*. Rosario: Espacio Santafesino Ediciones. Disponible en: <https://www.industriascreativas.gob.ar/ediciones/catalogo/historia-de-la-literatura-de-santa-fe/49/>.

PEREZ MARTÍN, José (1965) *Itinerario de Santa Fe*. Santa Fe: Colmegna.

PÉREZ MARTÍN, José (1961) “Presencia y Destino de Santa Fe en el Río de La Plata”. *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos* 27.

PÉREZ MARTÍN, José (1975) *Latitud sur. Momentos estelares de Santa Fe*. Santa Fe: Colmegna.

PÉREZ MARTÍN, José (1967) “Evolución del Poder Judicial en Santa Fe”, en: *Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe*. Tomo I. Santa Fe: Imprenta Oficial.

PISTONE, Josefa Catalina (1967) “El arte en Santa Fe (siglos XVII, XVIII y XIX)”, en: *Historia de las instituciones de la provincia de Santa Fe*. Tomo 5. Santa Fe: Imprenta Oficial.

PISTONE, Josefa Catalina (1996) *La esclavatura negra en Santa Fe*. Santa Fe: Junta provincial de Estudios Históricos.

PISTONE, Josefa Catalina (1998) “Los oficios cotidianos”; en: AA.VV. *Memorias de papel sensible: Reseña fotográfica de la Ciudad de Santa Fe*. Santa Fe: El Litoral.

PISTONE, Josefa Catalina (1999) “Historia de nuestra región: La presencia negra”. *Suplemento N° 6*. Rosario: La Capital.

POZZO, Hiram (1940) *Bosquejo histórico de la enseñanza superior en Santa Fe*. Santa Fe: Imprenta de la Universidad.

RICHARD, Alejandro (2019) “La población indígena y afrodescendiente de Paraná. Categorías socioétnicas entre 1755-1824”, *Memoria Americana*.

*Cuadernos de Etnohistoria* 27(1): 169-187. DOI: <https://doi.org/10.34096/mace.v27i1.6337>.

SUÁREZ, Teresa (2010) “El Discurso Histórico, una Nueva Forma de Intervención Pública de las Mujeres”, *El Hilo De La Fábula* 1 (7): 158-173. DOI: <https://doi.org/10.14409/hf.v1i7.1845>.

VON MENDE DE BERTERO, Gloria María (1995) *Quién es Ella en Santa Fe*. Buenos Aires: Edición de la autora. Citado en Instituto de Cultura Hispánica de Santa Fe. Disponible en: [http://www.culturahispanicasf.ceride.gov.ar/cv\\_pistone.htm](http://www.culturahispanicasf.ceride.gov.ar/cv_pistone.htm).

ZAPATA GOLLÁN, Agustín (1987) “Los negros”, *Revista América* 6: 117-122